

Introducción

Desde un punto de vista rigurosamente cronológico, la poesía, la novela, el teatro de intención “social” corresponden a la época de Franco como la Generación del 27 a la de Primo de Rivera y la del 98 o del Desastre a la Restauración canovista. De esas tres generaciones, la del Desastre tiene hoy mala prensa, ya que sus críticas son en gran parte de una alarmante actualidad; la del 27 viene a ser por así decir el núcleo fundacional de una llamada “edad de plata” con la que se pretende dar brillo a la II República, y la del realismo social no se libra del estigma del “páramo cultural” en el que medró a sus anchas. Estas temporizaciones tan categóricas olvidan que las épocas se encabalgan y destiñen unas sobre otras. Para empezar, son muchos los personajes que sobreviven a su tiempo y no sólo con su obra. Figuras del 98 como Azorín o Baroja estaban aún vivos y creativos en el “páramo cultural”, y otras más jóvenes, como Hierro o Cela, emergían de ese “páramo” cargados de laureles a los que sumarían los ganados en el nuevo orden de cosas.

En todas esas épocas hay nombres que suenan o se recuerdan más que otros, y esos otros suelen pasar largas temporadas en el Purgatorio, cuando no en el fuego eterno, y estoy en que a ello se refería Sastre cuando decía *l'enfer c'est les autres*, el infierno son los otros. Sin embargo, la penuria de los tiempos que corren obliga a más de un crítico revisionista a rescatar a alguna que otra de esas ánimas en pena. Tal ocurrió a fines de los años 80 o comienzos de los 90, en vista de que habían pasado algunos años desde el cambio de régimen y seguían sin aparecer las obras maestras prohibidas por la Censura del “páramo”. Ese rescate de ánimas se hacía por supuesto desde las posiciones del “pensamiento único”, pero es de justicia destacar que el primero en ocuparse de estos autores desde ese punto de vista había sido el joven crítico y profesor José Carlos Mainer. Tal vez sea un anacronismo hablar de “pensamiento único” en 1971, cuando aún no estaba acuñada la expresión, y como quiera que yo olfateara cierta animosidad en el crítico, éste se defendió alegando su familiaridad con los autores y sus textos, leídos en la biblioteca paterna.

Bien es verdad que por aquellos años andaba diciendo Eugenio Ionesco que “los maoístas de hoy son los hijos de los fascistas de ayer”.

De todas esas épocas yo sólo puedo hablar en primera persona de la definida como “páramo”, que llega, en lo que a mí se refiere, hasta la concesión del Premio Nacional de Literatura “José Antonio Primo de Rivera” por mi novela *El mono azul*. Ya entonces imperaba lo que yo llamaba “la contradictadura de la mediocridad”, que el orden cultural establecido oponía al orden político establecido, aunque yo, un secuaz más de esa “contradictadura”, discrepara de ésta en lo estético y en lo político, discrepancia que de tácita se hizo explícita a partir de los sucesos mundiales de 1968. Esa discrepancia no me salió gratis y, entre otras cosas, me costó el Premio Nadal. Dejo aquí la palabra al estudioso Ignacio Soldevila Durante que, al ocuparse del ganador de ese año, dice: “Si (la novela premiada) se somete a inevitable confrontación con la novela finalista del mismo concurso (*El mono azul*, de Aquilino Duque), queda una vez más puesta en evidencia la intromisión de criterios ajenos a lo cualitativo en las decisiones de tal tribunal.” Menos mal que al año siguiente, un jurado de escritores y funcionarios del “páramo”, presidido por Manuel Halcón, reparaba el entuerto con la concesión del Premio Nacional.

Más importante que la mía era la discrepancia de quienes disentían de la literatura “realista” y “social”, de testimonio y de denuncia, por razones meramente estilísticas, pero no ideológicas, y fruto de ella fue el interés y la recuperación de autores del exilio, núcleo de esa “edad de plata” con la que se hizo una operación semejante a la iniciada con los autores “fascistas”, sino que en este caso se les elogiaba además por su “comportamiento cívico”. El regreso a la patria de modo fugaz o transitorio (Sender, Aub), esporádico (Bergamín, Gaya), o permanente (Ayala, Casona) de algunos de ellos, o su aproximación al menos (María Zambrano), favoreció este proyecto, cuyo mejor fruto fuera tal vez el “descubrimiento” de Ramón Gaya. En el caso de Gaya, más que de “descubrimiento”, habría que hablar de “reconocimiento”.

Esos autores serían recuperados sin reservas, a diferencia de sus coetáneos que militaron en el otro bando durante la guerra, excluidos, me temo, de esa mítica “edad de plata”. De algunos de ellos se ocuparon

dos discípulos de Mainer, vástagos, como su maestro, de falangista: los hermanos Mónica y Pablo Carbajosa en su meritorio escrutinio *La corte literaria de José Antonio*, obra en la que también, siguiendo las pautas de su maestro, los que obtienen mejor nota son los que con el tiempo más se distanciaron de los ideales de su juventud.

Siendo el marqués de Tamarón jefe de estudios de la Escuela Diplomática, me llevó a una conferencia sobre novela pronunciada por un joven crítico muy en boga en aquellos días. El conferenciante hizo un repaso general de la narrativa del “páramo” ajustándose a los cánones del “realismo socialista”, es decir, reiteró todos los tópicos de la crítica dominante desde comienzos de los 50 o antes. Lo más completo y más sólido de esa crítica había sido el libro de Eugenio de Nora publicado en la editorial Gredos, en el que se descalificaba a Ramón Gómez de la Serna por “escapista”, es decir, por hacer narrativa de evasión. En el turno de ruegos y preguntas, intervine yo para hablar de la Censura oficial y la censura oficiosa y comentar la omisión entre tanto nombre y tanto título de obras de narrativa, de obras tan importantes en su día como *Madrid de corte a checa*, *La vida nueva de Pedrito de Andía*, *Miss Giacomini* y, sobre todas, *El bosque animado*, uno de los mejores libros de prosa, si no el mejor, de la segunda mitad del siglo.

Desde entonces le daba vueltas a la idea de ocuparme sistemáticamente de estas obras y otras parecidas de ese medio siglo, de suerte que la propuesta que me hizo don Rafael Sánchez Saus, Rector Magnífico de la Universidad CEU San Pablo, de desarrollar una especie de seminario al respecto, me vendría como el aceite a las espinacas. Y es que al seleccionar a determinados autores no sólo proclamaría mis “afinidades electivas”, mi filiación estilística y espiritual, sino que ello me permitiría además respirar por la herida. De eso a presentar un memorial de agravios media un abismo. También los escritores se dividen, como los toreros, entre “los que hacen lo que saben y los que saben lo que hacen” y la fortuna literaria es tan ciega como la justicia.

No creo que ninguno de los autores de que me ocupé fuera un marginado ni un fracasado. Todos ellos aunque en diversa medida tuvieron sus épocas o sus horas de éxito y de triunfo, y más de uno fue favorecido con creces tanto por la justicia como por la fortuna; lo que pasa

es que al haber triunfado en una época de la que abominan no sólo los que no la vivieron sino muchos de sus más notorios beneficiarios, quedan excluidos de la nómina de los escritores que marcan una época. El hecho de que esa época se considere “anómala” en el mejor de los casos, reduce a los escritores estudiados por mí a la condición de “anomalías”. Algunas de las “anomalías” que sobrevivieron al régimen en el que hicieron carrera, contrajeron los méritos extraliterarios suficientes como para que se les premiara menos por lo realizado bajo el nuevo régimen que por lo realizado bajo el régimen anterior. Uno de ellos fue Cela, cuya fama se alzaba y se alza sobre el trípode de unas obras tan sólidas y envidiables como *La familia de Pascual Duarte*, *Viaje a la Alcarria* y *La colmena*. Cela, que se trabajó su personaje como antes hiciera Valle-Inclán y después González Ruano, decía que él dormía la siesta con pijama y orinal. No decía que al orinal y al pijama había que sumar la banda de Isabel la Católica, concedida a mediados de los 50, y que no se quitaba ni para echar la siesta. Ya que topamos con Cela, quisiera aclarar que si no me ocupo de él en este libro, es porque no lo necesita como otros. Si hay un escritor, mejor dicho, un personaje literario vigente en los años de que me ocupo y después, ése es Cela. Y como no quiero que se me quede fuera de la foto de familia, por más que aparezca en alguna que otra instantánea, voy a reproducir aquí el “cocodrilo”, como decimos en Italia, que escribí cuando pasó a mejor vida.

“Camilo José Cela es de esos personajes sobre los que siempre queda algo por decir, por mucho que se haya escrito sobre ellos, como es mi caso. Está al salir un libro mío, *Mano en candela*, en el que él ocupa un destacado lugar. Mi relación con él es antigua, y en lo personal data del otoño del 54, en que, de paso yo por Madrid, me llevó a su casa Fernando Quiñones. En ese mismo curso acudí a Londres a oírlo hablar sobre Baroja y el 98 en el Instituto Español, que entonces dirigía Xavier de Salas, si mal no recuerdo. Colaboré bastante en su espléndida revista *Papeles de Son Armadáns*, en la que durante un tiempo me ocupé de la reseña de libros y, si coincidía con él en Madrid o en Barcelona, estaciones obligadas a la sazón de todo escritor que se respetase, no dejaba de ir a visitarlo. En Barcelona recuerdo que paraba en el Hotel Arcyasa, pues del Ritz había salido por el mismo procedimiento por el que su vecino de Ríos Rosas, González Ruano, había tenido que salir del Café Gijón. En mi admiración por él había cierto *metus* o temor reverencial, ya que en

él pesaba mucho, tanto la obra como el personaje, que se trabajó a fondo y con éxito manifiesto, como antes nadie lo había hecho si se exceptúa a su paisano Valle-Inclán. Tanto era así, que el personaje siempre eclipsó al escritor a los ojos del vulgo profano y que en las semblanzas que se le hicieran era imposible no ver su reflejo en los espejos deformantes entre los que se solía poner de manifiesto. En sus primeros tiempos se le acusó de “tremendismo”, es decir, de recargar las tintas negras y de trasladar a la literatura la plástica de Solana. También se le dio por acabado en diversas etapas de su vida y no faltaron nunca enanitos que lo tomaran por un carballo caído y trataran de hacer mondadientes con su madera. El se encogía de hombros y, buen navegante como era, seguía su ruta mimado por los dos regímenes que atravesó, el del “páramo” y el de la “ciénaga”, en los que cosechó los máximos galardones.

Que los mereció está fuera de toda duda, pues aparte de ser lo que se llamaba un gran hablista, hay tres obras suyas por lo menos que nunca envejecerán, que son *La familia de Pascual Duarte*, *El viaje a la Alcarria* y *La colmena*. Cuando leí *La familia...* quedé asombrado de aquella eficacia expresiva y de aquella facilidad para retratar a un personaje con dos trazos seguros; al releerla muchos años después, mi asombro se multiplicaría al considerar sobre todo la juventud del autor. Lo máximo que un escritor puede decir de otro es que le habría gustado firmar algunas de sus obras y yo lo haría con las tres antedichas.

Pero lo mismo que digo eso, hay otras que no me gustan nada y mis críticas las expuse ya en otro lugar y en vida de él, a quien por otra parte poco podían afectarle desde la fama que coronó sus méritos y sus afanes. Hablé antes de Solana, y hay también que hablar de Goya y de Picasso, personaje este último con el que mantuvo una relación especial, y en todos ellos hay una estética de la negrura que no falta en los claroscuros del arte y de la biografía de Cela. De Goya se sabe que antes de perpetrar los *Desastres de la guerra* había borrado oportunamente la regia efigie de don José I de un medallón alegórico sustituyéndola por la del deseado don Fernando VII.

Detrás de toda estética hay una ética y en lo que se refiere a las relaciones familiares o amistosas, cada cual habla de la feria según le fue en ella. Sé de algún antiguo amigo, ya fallecido, a quien nunca le perdonó

una imprudencia; en cambio, fue ejemplar su comportamiento con personas como Leopoldo de Luis y, sobre todo, con José García Nieto, ese caballero y ese poeta tan superior a la caterva de sus denostadores, al que contra viento y marea metió en la Academia y dio el premio *Cervantes*. Otro beneficiario de sus favores fue Fernando Arrabal, a quien le dio el *Mariano de Cavia*. Esta vez fui yo quien pagó el pato.

Nuestro último contacto fue una llamada telefónica suya para darme las gracias por unos versos satíricos que le dirigí con motivo de un percance con uno de esos colectivos que son especie protegida en toda democracia que se respete. La concesión del *Nobel* fue como si me lo hubieran dado a mí y le puse el telegrama siguiente: “Está visto que siempre tiene que ser un gallego el que nos devuelva el orgullo de ser españoles”.

Un escritor no tiene por qué ser un modelo de integridad personal. Lo que de un artista se espera no es que sea un ciudadano modélico, sino un hombre de talento. Yo he tenido en mi vida grandes amigos y buenísimas personas cuya literatura nunca me interesó demasiado y en cambio me ha interesado y me interesa mucho la literatura de algunos con los que tengo muy poco que ver y que me inspiran una simpatía relativa. Como yo soy uno de tantos, nada más natural que otros piensen de mí lo que yo piense de ellos, pero lo que no puedo negar son mis preferencias, que por supuesto van por aquellos con los que me siento en sintonía por muy distantes que sean nuestras maneras de ser. Mi entrañable e inolvidable amigo José Luis Cano fue siempre un crítico benévolo y la razón era que sólo escribía sobre aquellos libros o aquellos autores que le gustaban. En privado me confesaba cuáles eran sus filias y sus fobias, pero nunca dejó que éstas pasaran a la letra impresa.

Mi intención es dejar constancia de lo que se podía leer en mis años por así decir de formación, años en los que más de un escritor en activo y favorecido por la crítica se lamentaba de no haber tenido maestros. Desde que el mundo es mundo, no sé de nadie que haya estudiado la carrera de escritor y, que yo sepa, nunca han existido Conservatorios ni Escuelas de Bellas Artes para la formación de plumíferos. Por no haber no ha habido sino hasta fechas relativamente recientes ni Escuelas de Periodismo. Un escritor suele ser autodidacta y su maestra es la vida, y la

literatura de cada cual está hecha con lo que cada cual toma del mundo que le rodea o de los mundos que sueña.

Los seis autores de que me ocupé en este curso del 2010 al 2011 no agotan la nómina ni mucho menos de mis preferencias y afinidades. Tengo en cartera otros seis, a saber González Ruano, Ridruejo, Muñoz Rojas, Foxá, Rosales y Julián Marías, por lo que pudiere tronar, autores de cuyo magisterio me ha sido dado beneficiarme, magisterio en algunos casos doblado de amistad y trato frecuente. No son los únicos ni mucho menos; son tantos a los que he tenido por maestros que no creo que lo que me quede de vida alcance para hablar de todos como se merecen. Todos los autores seleccionados por mí lo han sido por tener con ellos, como creo haber dicho antes, una afinidad estilística y espiritual, pero una afinidad meramente humana, de simple lector y de admirador envidioso, de humilde aprendiz por sus maestros. No soy yo quién juzgar hasta qué punto me han sido de provecho sus enseñanzas, la más importante de las cuales ha sido la de procurar hacer libros, como diría el clásico, “de honesto entretenimiento que deleyten con el lenguaje y admiren y suspendan con la invención.”

José María Pemán

Decía Manuel Halcón con mucha gracia que Pemán había consagrado su vida y su obra a la defensa del Altar, del Trono y de la Casa Domecq; que la Casa Domecq era al fin y al cabo la única que recompensó dignamente sus servicios, admitiéndolo en su seno por la vía del matrimonio, pero que ni el Trono le había dado el Toisón de Oro ni el Altar un capelo cardenalicio.

Otro galardón que tampoco se le dio a Pemán fue el Premio Nobel, aunque en este caso había que reconocer que, para pretenderlo, no reunía Pemán iguales méritos. En efecto, si Pemán hubiera puesto en propiciar a la Academia Sueca el mismo empeño que puso en defender el Trono y el Altar, otro gallo le habría cantado, pero para propiciar a la Academia Sueca lo primero que Pemán tenía que haber hecho era limitarse a la defensa de la Casa Domecq.

Para caerle en gracia a la Academia Sueca no se trata de escribir mejor o peor, sino de proyectar cierto perfil, o de no proyectar ninguno. Como quiera que el perfil proyectado por Pemán, sobre ser aguileño y acusado, coincidía demasiado con el perfil de España, y esa España era “la de América y de Trento”, nunca pudo conseguir que la Academia Sueca sancionara su afán de universalidad, del mismo modo que Borges nunca consiguió que sancionara su afán de cosmopolitismo.

No siempre han sido los mismos los criterios de la Academia Sueca; si no, no se explicarían los casos de Echegaray y Benavente. Hablando de Benavente, en los albores de la democracia ví con extrañeza que, en un pueblo andaluz, el Ayuntamiento socialista había rotulado con su nombre la calle que antes llevó un general de la Cruzada. No se me alcanzaban ni mucho menos los méritos democráticos de don Jacinto como para que una corporación demócrata le dedicara una calle. En estas perplejidades andaba cuando observé que los demás generales del nomenclátor habían sido desplazados por Vicente Aleixandre, Juan Ramón Jiménez y Severo

Ochoa. Entonces comprendí que a Benavente no lo habían puesto por razones políticas, sino por razones culturales. Con toda probabilidad en la sala capitular del municipio, además del consabido Espasa, estaría la colección de Premios Nobel, de Aguilar, que algún viajante de libros logró encajarle a un alcalde del antiguo régimen y, a la hora de democratizar el callejero, los ciudadanos concejales hallaron su inspiración en aquellos volúmenes encuadernados en plástico azul y oro que ningún concejal del antiguo régimen leyó nunca probablemente ni ningún concejal del nuevo régimen probablemente leería jamás. Qué duda cabe que esto era un progreso, porque los nombres de los Premios Nobel nacionales que los burgueses leían antes en los lomos de sus libros, ahora los podía leer el pueblo en los rótulos de sus calles. Era una pena que entre esos nombres no figurase el de Pemán, pero más pena hubiera sido que la ilustración municipal cometiera la ironía histórica de poner el nombre de Pemán donde antes estuvo el de Moscardó o el de Varela.

En España, donde la lectura no es ciertamente un vicio nacional, ya es mucho si la gente lee los nombres de sus Premios Nobel en una pared o en el lomo de un libro al que ni siquiera se molesta en quitar su envoltura de celofán. A veces más vale así, porque cuando el Nobel le cayó a Aleixandre, su popularidad en Sevilla duró el tiempo justo que tardaron sus libros en llegar a las desprevenidas librerías de la ciudad.

Decía el célebre editor Lara que su premio tenía por finalidad proporcionar un público amplio a escritores buenos que no tenían público. Esa finalidad presunta del Planeta es en realidad la finalidad de todos los premios literarios, inclusive el Nobel; de ahí que a lo mejor también pensara la Academia Sueca, y con harta razón, que bien poco podía añadir con su premio a la popularidad de Pemán. Porque hay que aclarar que el Premio Nobel, al menos en estos tiempos, no hace popular a un autor, sino que le da patente de demócrata, hasta el punto de que hace que reparen en él los ayuntamientos democráticos. El Premio Nobel es un premio democrático por excelencia, no ya porque, a semejanza de la Presidencia de los Estados Unidos, pueda recaer sobre cualquiera, sino que con frecuencia recae sobre *un* cualquiera. Pero el que sea demócrata no quiere decir que sea popular. Lo popularidad no es cosa que confiera ninguna Academia, por muy democráticos que sean sus principios, sino algo que el autor se conquista con su obra. Y esto Pemán lo hizo con

creces, a pesar de pasarse la vida defendiendo al Altar, al Trono y a la Casa Domecq.

Al caer la Monarquía, hubo más de un monárquico, como Muñoz Seca, que por serlo a machamartillo, se opuso a la República desde el momento mismo de su proclamación. Fue, en la terminología de hoy, un desestabilizador y un golpista, pues no hubo monárquico que entonces no lo fuera, como era su deber. También lo fue Pemán –lo recordaba Areilza– en “los años –amargos y duros– de su fulgurante trayectoria de tribuno de la oposición, primero en las filas de la Unión Monárquica Nacional –con José Antonio, Maeztu, Guadalhorce, entre otros,– y ya desde 1931 en la abierta rebelión contra el régimen del 14 de abril”. A esa incitación no tardaría en responder el general Sanjurjo en Sevilla el 10 de agosto de 1932, y a los participantes en esa jornada de rebelión monárquica se les recordó en una céntrica calle de Madrid, la calle Héroes del 10 de Agosto, hasta que un retrógrado ayuntamiento del régimen actual le devolvió a la calle a su antiguo titular, don Salustiano Olózaga, politicastro decimonónico que fue el primero en hacer violencia a la reina niña Isabel II forzándola a firmar cierto decreto y no sé si a algo más.

Pemán triunfó en plena República con *El Divino Impaciente*, acto de afirmación jesuítica frente al régimen que acababa de expulsar a la Compañía de Jesús, pero su gran época, su época de plenitud fue la guerra y los largos años de la trasguerra, difíciles primero y venturosos después. Pemán derrochó todo su talento en la propaganda de la Cruzada y, concluida ésta, en la propaganda de la Hispanidad. Triunfó en la oratoria; triunfó en el teatro; mantuvo viva el ascua de su poesía, y, por breve tiempo, hasta la reincorporación de don Ramón Menéndez Pidal, desempeñó la dirección de la Academia Española, a la que el Caudillo había devuelto el determinativo de “Real”. Pemán sirvió a la España nacional con la misma pasión y el mismo estilo con que la había servido en la guerra, y según se fueron disipando las amenazas exteriores –que fueron respetables– le fue asaltando la humana impaciencia de ver en el trono de San Fernando al príncipe anunciado y prometido. Pemán no quería otra cosa sino que se adelantara el cumplimiento de las llamadas previsiones sucesorias, y como lo que pedía lo pedía con gracia y con humor y estaba al fin y al cabo dentro de la legalidad vigente, se llegó a decir que tenía bula para decir lo que a otros no se les permitía. En el ejercicio de ese privilegio

publicó un sonado artículo titulado *Estar en Babia*, alusivo, si mal no recuerdo, a la costumbre de los reyes de León de desentenderse de los negocios de Estado mientras cazaban en ese valle leonés, y como entre bromas y veras vertía delicados conceptos de derecho público, levantó sus escudos la prensa del Movimiento, acaudillada por Emilio Romero. Emilio Romero convocó desde *Pueblo* un concurso periodístico en el que se concedería al mejor artículo que refutara y confundiera las tesis monárquicas de Pemán, un premio de igual dotación que el “Mariano de Cavia”. A la convocatoria de Romero acudimos todos los zánganos de la colmena madrileña, afanosos de consagrarnos a expensas de Pemán. El premio lo ganó un escritor falangista que había combatido en la División Azul: Ángel Ruiz Ayúcar, y Pemán, que se reía de todo, bautizó al premio con el nombre de “Mariano de Babia”.

La vida pública de Pemán fue una marcha triunfal a la que pusieron fin dos hechos dolorosos: la muerte de su mujer y el mal de Parkinson. Una de las últimas veces que lo vi –hay testimonio lírico del encuentro– fue en la romana Plaza Navona, rodeado de jóvenes familiares, y quedé profundamente impresionado por su cambio físico. Cuando le impusieron por fin el Toisón, era un muerto en pie.

En Roma precisamente me hablaba Alberti de la injusticia de que no se valorase debidamente la poesía de Pemán, y yo no me explico, si no es por la poesía que atesoraba, la legendaria grandeza de su corazón. Esa poesía fácil, profunda, popular, señorial, andaluza en suma, no le faltó nunca y supo hacerla compatible con los actos de servicio a que le obligaba su pasión cívica. Quiero por eso poner punto a esta evocación con los versos de una dedicatoria que, durante un viaje electoral por la sierra de Cádiz, puso en un ejemplar de *A la rueda, rueda...* que le regaló a su compañero de candidatura José Antonio Primo de Rivera:

*Jerez. Mayo. Mucha luz;
un ex alcalde andaluz,
dos poetas de postín,
un auto que viene y va.
¡Parra verde de Alcalá!
¡Niñas de Villamartín!*